

en la Albaradita, en la hacienda de la Estancia y en todos los demás preciosos alrededores de Colima; es cierto que sus palmetas nos ofrecían fresca sombra, que nos auxiliaba el canto armonioso de millares de pájaros, que nos encantaba la lozanía de los jazmines, de los plátanos y de los cafetos, que el calor cocía nuestros pañuelos cuando nos sentábamos inclinados tranquilamente sobre las mallas de una percha; que nos encantaban las cascadas de aguas cristalinas, llevadas en sus jasos olorosos frías atravesadas por las corrientes, que dondequiera se nos presentaban parramas encantadoras; pero todo esto era un levitico lugar, pues que siempre en las noches al conversar conmigo, no dejaba de decirme: —¿Cuál será la falta que estoy cometiendo? ¿Por qué cuando tanto he procurado ser un verdadero patriota, se me condena á la inacción y al aislamiento? ¿Por qué en cada noche se está me formando una resaca de ideas que me desvanecen por el efecto de sus efectos? ¿Por qué cuando tanto me esforzo para ser útil, me encuentro con tanta resistencia? ¿Por qué cuando tanto he procurado ser un verdadero patriota, se me condena á la inacción y al aislamiento? ¿Por qué en cada noche se está me formando una resaca de ideas que me desvanecen por el efecto de sus efectos? ¿Por qué cuando tanto me esforzo para ser útil, me encuentro con tanta resistencia? ¿Por qué cuando tanto he procurado ser un verdadero patriota, se me condena á la inacción y al aislamiento? ¿Por qué en cada noche se está me formando una resaca de ideas que me desvanecen por el efecto de sus efectos?

todos los Estados, respecto de que aquel ejército disciplinado llegara á los fines propósitos. Si no había un pequeño triunfo cuando menos, que viniera á darnos ánimos y moralizar á aquella gente, de seguro que los magníficos elementos de guerra iban á perderse. No hago trunfo alguno, pero sí sé que circunstancias que vino á dar nuevo aspecto á la situación. El general D. José López Urzúa, después de haber atacado á Morelia, mandó á un contingente de su ejército á la zona de la plaza de la Paz, que se encontraba en un punto de la zona de la plaza de la Paz.

CAPITULO III.

LA TRAICION DE URAGA.

Las fuerzas liberales que evacuaron la plaza de Guadalajara fueron diseminadas en todos los pueblos del Sur de Jalisco, para que pudieran proveerse de los medios de subsistencia, pero sin esperanza de que recibieran una buena organizacion: si cuando se contaba con todos los elementos de aquel entonces poderoso Estado, con el entusiasmo de los habitantes de su populosa capital, y con los auxilios de los ricos acostumbrados á recibir frecuentes exacciones, no se pudo organizar nada serio, nada que pareciera resistente y mucho menos formidable, ¿seria posible hacerlo en las haciendas y pequeñas poblaciones en medio de los desórdenes de aquello que se llamaba la *chinaca*? Pocas eran las esperanzas que abrigábamos los muchos emigrados liberales que repentinamente nos encontramos reunidos en Colima, de casi

todos los Estados, respecto de que aquel ejército indisciplinado llegara á dar frutos provechosos. Si no habia un pequeño triunfo, cuando menos, que viniera cuanto ántes á moralizar á aquella gente, de seguro que tan magníficos elementos de guerra iban á perderse.

No hubo triunfo alguno, pero sí, una circunstancia que vino á dar nuevo aspecto á la situacion. El gral. D. José López Uruga, despues de haber atacado á Morelia, aunque sin ningun éxito, habia hecho una travesía por la Sierra con los restos que le quedaron despues de aquella infeliz jornada, viniendo á salir al Sur de Jalisco, con instrucciones terminantes del gobierno general para que formara y mandara el Ejército del Centro. Tres baterías de piezas rayadas, habia perdido el general Uruga en su retirada de Morelia; pero no obstante esas pérdidas, llegó con respetables fuerzas que, unidas á los batallones que vírgenes todavía mandaban los jefes de Jalisco, llegaron á formar un total de doce mil hombres y 30 piezas de artillería.

Todos los que estábamos presenciando los acontecimientos desde léjos, con el criterio que da el deseo, pudimos esclamar llenos de alborozo:—Ahora sí tenemos la mayor facilidad de recuperar la importante plaza de Guadalajara en muy poco tiempo.

Entre tanto, yo me habia encontrado á un buen chico de secretario de gobierno en Colima, á mi compañero de colegio el Lic. Atenógenes Andrade, el cual me ofreció desde luego lo que podia ofrecerme: la redaccion del semanario oficial con la dotacion de cincuenta pesos mensuales.

Me parecia hallarme en mi elemento escribiendo un periódico, aunque fuera oficial del gobierno, cosa que nada importaba en aquellas circunstancias; pero el sueldo no era suficiente para mis gastos y tuve que aceptar una judicatura delegando á poco la redaccion del periódico con que tan bien me hallaba, á mi malogrado amigo el célebre poeta guanajuatense Juan Valle, ciego desde sus primeros años y notable por sus descripciones maravillosas.

El pobre ciego habia sido perseguido en Guanajuato por los traidores y se vió precisado á huir por caminos extraviados acompañado de su abnegada mujer, pidiendo limosna. Pero si hubo hombres que empuñaran las armas contra su propia madre, contra la patria! ¿cómo no habia de haber quien se encarnizara contra un ciego desvalido? Llegó aquel á Colima sin un real, y yo me desembaracé gustoso del periódico, que era mi encanto, para que el sublime vate pudiera tener un pedazo de pan que llevarse á la boca, ganado con su trabajo.

Al poco tiempo fuí promovido á la magistratura... ¡un magistrado de 25 años! y aunque las pagas andaban escasas, tan escasas que todavia me las están debiendo en su mayor parte, la colocacion era honrosa y no quise rehusarla. Afortunadamente me habia llegado una suma enorme de Guadalajara, (serian unos cuatrocientos pesos) producto de la venta de mi reloj y de todos mis muebles, y ya con ese capital pude dedicar á un hermano político que me acompañaba á que hiciera viajes con efectos por las poblaciones: este recurso duplicó en un mes nuestra fortuna

y ya desde entonces pudimos vivir desahogadamente.

Volvamos al general Uruga, á quien solo dejamos con el ánimo de decir que en el periódico oficial de Colima se apoyaba con energía la defensa de la patria y se hacía todo lo posible para reanimar el espíritu ántes abatido de nuestras tropas; volvamos á Uruga para hacer la triste relacion de los acontecimientos que siguieron. Era este jefe, extraordinariamente ambicioso: viéndose con tal suma de poder y disponiendo de más de doce mil bocas de fuego, empezó á calcular que podía sacar gran partido de aquella inesperada situacion. Decían entónces los que se encontraban á su lado, que muchas veces se le veía inquieto paseándose por la sala que le servía de alojamiento, como distraído por una gran preocupacion que al principio atribuyeron á un plan de campaña que estaban madurando. Pero como pasaban los días y no maduraba ninguno, y como poco á poco se fué haciendo expansivo, los mismos que estaban á su lado empezaron á notar que vacilaba entre dos caminos opuestos: —¿Me abrogaré el poder absoluto y me proclamaré Presidente de la República, preguntaba á su secretario, ó me ofreceré á los franceses con la sola esperanza de ser ministro de la guerra con el emperador ú ocupar en la corte algun otro puesto de cierta categoría?

Dicen los que más íntimamente le trataban, que siempre lo estuvo halagando más la idea de declararse Presidente, de la cual fué disuadido por algunos de sus amigos, pero más particularmente por los acontecimientos posteriores.

Por de pronto el general Uruga se dirigió á Coli-

ma para pulsar aquel terreno, temeroso de encontrarse entre dos fuegos en un caso ofrecido, esto es, en el de que se declarara partidario de su presidencia. Iba á conferenciar con el general D. Julio García que era el gobernador y comandante militar de aquel Estado, que contaba allí con cerca de unos mil doscientos hombres para cubrir el paso de los Pericos y otros puntos de la barranca, con el puerto del Manzanillo y con los productos de la costa.

El proyecto de Uruga era seducir á García, y si no lo lograba, entenderse con los jefes subalternos. Esto era al menos lo que referían los que estaban muy al corriente de la política.

Recuerdo que mi amigo Leonides Torres, en una vez que venia del Cuartel General buscando camino para irse á reunir con Juarez, me dijo al pasar:

—Estamos mal.

—Mal! ¿por qué?

—Uruga nos traiciona.

—Será posible?

—Su conducta se ha hecho muy sospechosa y ahora está aquí queriendo ganarse un cómplice en Julio García. ¡Mucho ojo!

Yo me quedé aterrado.

Cuando volví en mí, busqué á mis amigos los abogados Prisciliano Castro y García Pérez, para imponerles de lo que pasaba: los tres formábamos el consejo particular de gobierno del general Julio García. Ni este ni Andrade quisieron decirnos nada, pero nosotros lo sospechamos todo desde que observamos el misterio con que se rodeaba al general Uruga para

que pudiera tener con aquellas personas á horas muy avanzadas de la noche, sus interesantes conferencias.

Yo no tenia en mis manos más arma en aquellos momentos para impedir el terrible mal que nos amenazaba, que mi pobre pluma: empuñé esta con ardor y me puse á refutar un artículo de *L'Estafette*, que muy oportunamente venia poniendo de oro y azul al Ejército del Centro y con más particularidad al general Uruga. Aprovechando la oportunidad de poder infundir en este el mayor odio contra el Imperio, que permitia se le insultara en el periódico francés tan groseramente, encomié sus virtudes republicanas, que yo y todos considerábamos firmes é invariables, pinté con los más negros colores el infame delito de la traicion y concluí exhortando al valiente jefe del Ejército del Centro para que tuviera la mayor fé en el triunfo de nuestra bandera, empuñada con entusiasmo por una mayoría inmensa del pueblo mexicano.

Hice más todavía: promoví que se le dedicara un baile en el mejor local que habia en Colima: en el colegio municipal de niñas. Las invitaciones decian: «Al demócrata general, al defensor de la Constitucion de México, al más firme apoyo de la independencia nacional, C. José López Uruga.» Recargábamos intencionalmente tantos dictados para que el general se sintiera avergónzado hasta en lo más recóndito de su pensamiento, si alguno tenia en contra de la patria.

A la sazón teníamos ya establecido un pequeño periódico en Colima intitulado *La Independencia*. Era yo el redactor en jefe, y me ayudaban en las tareas periodísticas Fermín González Castro y Francisco E. Trejo. Cada uno de los tres redactores escribíamos

artículos vehementísimos encaminados á encarecer la necesidad que existia de que todos los buenos mexicanos formásemos un núcleo en torno de la bandera que empuñaba Juárez, sosteniéndolo, contra cualquiera pretension que surgiera, como Presidente de la República.

Todos nuestros esfuerzos se estrellaron. Uruga regresó á su Cuartel General y al tercer dia expidió un manifiesto que firmaban una gran mayoría de sus jefes subalternos, y una proclama que suscribia él solo procurando justificar su conducta. No decia claramente en esos documentos que se pasaba á las filas imperialistas, pero desconocia al gobierno de Juárez que á pesar de sus irregularidades, las circunstancias exigian que se tuviera como el único constitucional. Tampoco se ponía Uruga del lado de las pretensiones de González Ortega, que se consideraba llamado por la ley á sustituir á Juárez cuyo período se tenia por concluido.

Esta noticia, aunque esperada, cayó como bomba en medio del gran número de emigrados que habia en Colima: de un momento á otro esperábamos que fuera secundado el movimiento en esta plaza y que sufriéramos las consecuencias del desacuerdo que para ese paso insensato habíamos estado manifestando.

El general Julio García me mandó llamar al palacio de gobierno. Ni siquiera pensé en sustraerme á aquel mandato y solo me fuí murmurando entre dientes: ¡Ya pareció aquello!

El general me dijo:

—Conoce vd. este documento?

Me mostró el acta firmada por los generales y co-

ronales de Uruga, y entre estos nombres el lugar en que estaba su firma, es decir, la firma del general D. Julió García.

—Tenía la noticia, le dije casi temblando, seguro de que iba á dar á la cárcel; pero no había llegado á mis manos el impreso.

—Pues esta firma es suplantada, agregó lleno de cólera; yo no he dado mi consentimiento para que se ponga al pié de ese manifiesto. . . . yo no he contraído compromiso formal con el general Uruga. Lo autorizo á vd. para desmentirlo inmediatamente por la prensa.

Salí de allí ebrio de alegría. A cuantos amigos me encontraba por la calle les decía alborozado:

—¡Victoria! ¡Victoria! El gobernador de Colima no es traidor.

El general Uruga, que por un momento se sintió alarmado, demostró no solamente mucho patriotismo sino serenidad de ánimo y una resolución inquebrantable, digna del mayor elogio; sin contar con nada en medio de todo el poder de los ejércitos de los Estados Unidos, decidió en jefe, decidido también á irse al todo por el todo. Corona, que sin contar si quiera ni con el pequeño número de las fuerzas que mandaba, ni con la inmensa de vitalidad, comprendida solo por los que estaban en el teatro de los sucesos, desmintiendo todo lo que se decía en el manifiesto, había osado sin contar con su voluntad hacer aparecer su firma entre las que cubrían el manifiesto, proclamando á la vez sus convicciones eran muy diferentes.

CAPITULO IV.

DESCONCIERTO.

La mayoría de los jefes que estaban á las órdenes de Uruga, formando el Ejército del Centro, fuera por temor ó porque creyeran de buena fé que su conducta solo importaba un *pronunciamiento* contra el gobierno general, siguieron obedeciéndole; pero otros, ó más perspicaces, ó más independientes, ó más patriotas, lograron sustraerse de la falsa posición en que se les ponía. El general Arteaga con la cuarta División que tenía bajo su dependencia, se situó en Tapalpa ocupando otros puntos de la sierra en actitud amenazadora. Las fuerzas de Colima estuvieron vacilantes sólo mientras se descubrió la incógnita por medio de una orden general de la plaza, en la que se les hacía saber que la firma del gobernador que aparecía en el manifiesto de Uruga, había sido audazmente suplantada. Corona, en circunstancias tan di-